

¿Cómo pudiera ser indiferente á vuestros adelantos ó dudar de vuestro anhelo por saber, quien sabe, por experiencia propia, cuán precoz es la inteligencia de las niñas cuán dócil es su carácter y cómo su corazón late de entusiasmo cuando se les enseña á pronunciar por primera vez el nombre augusto de la Ciencia!

Con un afecto que pudiera llamar paternal, si no temiese que tan augusto nombre fuese una usurpación de derechos más sagrados, á todos os felicito y á todos os animo para que sin dejaros vencer por las dificultades que podéis encontrar, continuéis, con propósito firme y varonil constancia, la carrera que tan honrosamente habéis comenzado.



BREVES REFLEXIONES

ACERCA DEL

ESTADO ACTUAL DE LAS CIENCIAS.



DE algún tiempo atrás viene verificándose un fenómeno que merece particular atención, y es el predominio que paulatinamente han ido adquiriendo las ciencias exactas y las ciencias naturales, sobre las ciencias filosóficas y morales.

Todos saben, que Francisco Bacon, Canciller de Inglaterra, Barón de Berulamio, dió un golpe de muerte á la filosofía escolástica que por tantos siglos había dominado sin rival en las escuelas, señalando la experiencia como base indispensable de nuestros conocimientos.

Sus palabras son tan claras y tan significativas que no podemos dejar de copiarlas textualmente. "Debemos por otra parte, dice, olvidar lo que sabemos, y colocarnos,

como los niños, frente á la naturaleza. Porque acontece con el reino de la naturaleza, como con el reino de los cielos; es necesario hacerse niño para entrar en él. Por el contacto inmediato con la creación y por la observación atenta de los hechos y de los fenómenos naturales y no por medio de axiomas y de hipótesis, es por donde el naturalista debe elevarse al conocimiento del orden y de las leyes que rigen el mundo físico." (1)

En nuestros días este predominio ha llegado al extremo de excluir del campo de la ciencia á la metafísica que se ha considerado inútil, según los modernos sistemas de filosofía positiva.

Esta tendencia de nuestra época, se ha hecho sentir de dos maneras; primero, en el régimen de los estudios; y segundo, en la estimación que ordinariamente se hace de los conocimientos que los hombres de ciencias han adquirido, ó de las obras que diariamente se publican acerca de los variados ramos de los conocimientos humanos. Temerario sería el negar que á esta tendencia débense en gran parte los asombrosos adelantos que son un título de gloria para la civilización moderna.

(1) *Novum Organum.*

Otro de los rasgos característicos de nuestra época, es la aplicación práctica que hoy se hace de todos los conocimientos científicos. La línea divisoria que antiguamente separaba las ciencias de las artes va borrándose día á día, y hoy se advierte una tendencia muy marcada, á sujetar todos los procedimientos de la vida industrial, fabril, y aun económica á principios científicos. Claro está que no debemos hacer mención de esta propensión sino para elogiarla cual merece. En nuestros días el arte no puede definirse: una operación hecha conforme á principios conocidos de antemano, fundados puramente en la experiencia; llegará un tiempo, tal vez no lejano, en que no existan las artes, sino ciencias aplicadas, nombre que hoy va sustituyendo en muchos casos á las antiguas denominaciones de artes fabriles, industriales, etc.

"En nuestros días, dice Figuiet, la Ciencia interviene en todo; la hallamos en nuestras vías de transporte rápido, en nuestros medios de correspondencia instantánea, en la distribución y comodidades de las habitaciones que nos abrigan, en la luz artificial que nos alumbrá y hasta en la chimenea que nos calienta. Llevando á todos los ramos de la industria su fecunda enseñanza, la ciencia ha enriquecido á las generaciones actuales.

Ha aumentado en proporciones inesperadas su bienestar material; cooperando á su poder físico, ha extendido la esfera de su actividad intelectual; ha llegado á ser, por último, una de las principales fuerzas de los Estados modernos.

Otro rasgo, por último, que conviene señalar aquí, característico de la época presente, es la creación de nuevas ciencias. La ampliación que éstas han adquirido (hablamos con especialidad de los naturales) ha hecho indispensable la división y subdivisión que de muchas de ellas se ha hecho, hasta el punto que sería difícil reducirlas á número. Esto no es sino una consecuencia natural de la inmensa extensión que han adquirido en la edad moderna los conocimientos científicos.

Los antiguos comprendían bajo el nombre general de Física todas las ciencias naturales. ¿Cuántas divisiones se han hecho después de esta inmensa ciencia?

Quede, pues, consignado que las divisiones y subdivisiones que hoy se hacen de las ciencias, no son caprichosas y arbitrarias, sino una necesidad ingente de nuestra época; necesidad que se hará sentir más cada día, y que no podemos predecir hasta dónde llegará, porque no podemos prever hasta dónde llegarán las conquistas de la intelligen-

cia sobre la naturaleza, que es lo que forma el vasto dominio de las ciencias. Cada descubrimiento nuevo da la clave para nuevos descubrimientos; cada conocimiento que se adquiere facilita la adquisición de nuevos conocimientos; cada ley de la naturaleza que se descubre abre el camino para descubrir otras leyes, antes desconocidas. Si hubiéramos de reducir á una fórmula exacta nuestro modo de pensar acerca de esto, diríamos que los conocimientos científicos están en relación con el tiempo en que se adquieren como una proporción geométrica con relación á una aritmética, ó lo que es lo mismo, que son como los términos logarítmicos del tiempo que se emplea en adquirirlos.

Así, pues, el movimiento científico de nuestra época está caracterizado por estos tres rasgos distintivos: primero, predominio de las ciencias exactas y naturales; segundo, aplicaciones prácticas de los conocimientos científicos, cada día más marcado; y tercero, división y subdivisión de las ciencias hasta un punto que no es dado concebir.

Estas triviales reflexiones que al parecer, por ser tan sencillas, no merecerían ni el trabajo de consignarse por escrito, serán, no obstante, objeto de estudio para las edades futuras, cuando nuestros descendientes

quieran darse cuenta del camino que las ciencias han recorrido y de lo que ha caracterizado á cada una de las épocas anteriores, como hoy nosotros tratamos de investigar y de explicarnos los adelantos científicos alcanzados desde los principios de nuestra civilización y de conocer lo que hicieron en pro de la Ciencia las edades que precedieron á la nuestra.



ESTUDIO LITERARIO

leído en la

VELADA LITERARIA EXTRAORDINARIA

dedicada por la

SOCIEDAD SANCHEZ OROPESA

á celebrar el

centenario del nacimiento del poeta mejicano

D. MANUEL CARPIO

la noche del 4 de Abril de 1891.

ESTUDIO LITERARIO
VILLADA LITERARIA EXTRAORDINARIA
SOCIEDAD BAHAMONDES OROPEZA



SEÑORAS Y SEÑORES:

Es ya conocido el objeto á que está especialmente consagrada esta velada literaria. Nuestra sociedad, que sostenida por vuestra constancia y alentada por vuestros aplausos, ha visto suceder, con toda regularidad, estas familiares y agradables reuniones en el espacio de más de cuatro años, y que ha tenido ocasión de celebrar en el transcurso de este tiempo el centenario del nacimiento de dos poetas extranjeros de los más grandes que ha producido nuestro siglo. Lord Byron y Lamartine, y el de otros dos poetas mejicanos, el P. Ochoa y D. Manuel Eduardo de

Gorostiza; no podía dejar de aprovechar la oportunidad que hoy se le presenta de honrar de una manera especial la memoria del Sr. D. Manuel Carpio, uno de nuestros poetas más preclaros, nacido en el territorio veracruzano.

Motivos que no es necesario referir impidieron que esta velada se verificase el primero del pasado mes de Marzo, día que de antemano teníamos señalado; mas si en ello hubo falta de nuestra parte, queda ésta ampliamente reparada, puesto que, merced á tal demora, podemos hoy unir á los justos homenajes que vamos á tributar á tan egregio compatriota nuestro, los de un huésped distinguido á quien nuestra sociedad mira con particular estima, y cuyos dictámenes literarios tienen una autoridad de que sin duda alguna carecen nuestras humildes producciones. (1)

Sirvan estas breves palabras de preámbulo al presente estudio, y para aprovechar un tiempo que por su brevedad es precioso para mí, entraré desde luego á tratar del asunto de esta conferencia, suplicándoos que me concedáis vuestra benévola atención.

La crítica literaria puede emplear diver-

(1) Alude el autor á la presencia del Sr. D. José María Roa Bárcena, quien se dignó asistir á esta velada y leer en ella un elogio de Carpio.

sos procedimientos para alcanzar su objeto, porque también son varios los elementos que debe tomar en cuenta cuando trata de quilatar el mérito de un poeta ó de un escritor determinado. Puede estudiarse éste en sus obras, haciendo completa abstracción de la época en que le tocó vivir, de las circunstancias que le rodearon, y de la influencia que haya ejercido en sus contemporáneos; ó bien, atendiendo á todos estos accidentes, estudiando con exquisita diligencia todas estas circunstancias, que no por ser exteriores é independientes de nuestra voluntad, dejan de tener grande influjo en las obras del arte, señalarle el puesto que debe ocupar entre los poetas ó escritores de la misma clase. Posible es también, y con más especialidad si de un poeta lírico se trata, examinar sólo la forma exterior del pensamiento, la obra puramente artística, prescindiendo de las ideas y sentimientos en ella expresados; pero se puede también —y aun parece que es obligación del crítico, el hacerlo, — penetrar en las profundidades del alma del poeta, sorprender los secretos de su conciencia, vivir con su propia vida, para determinar su carácter literario y darle la parte de gloria que le pertenezca en la obra grandiosa que la poesía tiende á realizar, que no es otra, sino elevar el pensa-

miento y el sentimiento del hombre á regiones más serenas, donde reina la belleza y donde el arte brilla con toda la majestad de su hermosura.

Basta el buen sentido para comprender que el empleo exclusivo de cualquiera de estos procedimientos podría ser causa de gravísimos errores. Por el contrario, todos los elementos que he indicado deben entrar en la crítica literaria, si esta ha de corresponder á la grandeza y dignidad de su oficio. Pero como no todos ellos entran en la misma medida, de aquí procede la diversidad de dictámenes y pareceres, lo cual hace que aun estando todos de acuerdo en la parte principal, como sucede en esta vez, teniendo cada uno su manera especial de estimar las cosas, podamos todos emitir libremente nuestra opinión sin temor de fatigar á nuestro auditorio con repeticiones enojosas.

Así yo, por ejemplo, sin dejar de confesar que en la época en que Carpio se formó aun se conservaban en la literatura española, de la cual la nuestra no había sido hasta entonces más que un pálido reflejo, muchos resabios de la escuela prosaica que prevaleció á fines del pasado siglo, lo cual hace mayor su mérito por haberse librado de tan funesto influjo; sin negar la saludable in-

fluencia que ejerció en nuestra naciente literatura por medio de sus enseñanzas y su ejemplo, en la Academia de Letrán, al lado de Quintana Roo, Pesado y otros célebres literatos; elogiando, como es debido, el raro acierto que tuvo Carpio en consagrar todo el vigor de su inspirado numen á la poesía descriptiva, para la cual tenía maravillosas aptitudes, y admirando, como admiro, la frescura y lozanía de su imaginación, la abundancia de sus recursos poéticos y la naturalidad y pureza de su estilo, doy con toda la preferencia, al emitir mi humilde juicio acerca de él, á otra cualidad suya que me parece ser la que le caracteriza y le distingue, imprimiendo á sus producciones un sello especial que no permite que se les confunda con las de ningún otro poeta. Los versos de Carpio son á mi modo de ver originales, no con esa originalidad que buscan algunos y que erróneamente hacen consistir en expresar ideas y sentimientos extraños á la generalidad de los hombres, sino con esa originalidad de buena ley, que consiste en que la obra artística reciba y conserve el sello de la personalidad de su autor. Lo que admiro y aplaudo en Carpio es lo que, á falta de otra expresión más propia para hacerlos comprender mi pensamiento, me atrevería á llamar el concierto dichoso

que se advierte en todas sus facultades, la completa y constante sinceridad del sentimiento que le anima, la unidad moral de su carácter literario, la identificación del poeta con su obra; de cuyas cualidades procede la elevación y espontaneidad del pensamiento, la verdad de los afectos y la viveza y naturalidad de las imágenes.

Las poesías de Carpio son sin duda un reflejo fiel de su alma, y su alma era hermosa, porque encontrándose en posesión tranquila de la verdad, y sometándose á la ley severa del deber, no se veía turbada ni por las agitaciones de la duda, ni por el embate de pasiones desordenadas. Esa admirable y feliz armonía entre las facultades del alma, que tan raras veces se alcanza, no es sólo condición indispensable de nuestra dicha, sino también fuente de donde nace toda belleza real y duradera. El arte griego no encontró medio más apropiado para expresar la suprema belleza, sino imprimiendo en el rostro y en la actitud de sus dioses esa serena hermosura que los modernos en vano se han esforzado en igualar. El dolor mismo, esa honda perturbación del ánimo, rebelde por su naturaleza á toda ley, y de la cual brotan en la lira de otras poetas acentos de patéticos efectos y á veces de desesperación sublime, es en

Carpio, como veremos después, un sentimiento medurado y contenido, que estando en perfecta armonía con los demás afectos que el poeta expresa, realza, en vez de turbar, la belleza del conjunto.

El Sr. D. Bernardo Couto, en el prólogo que puso á las poesías de Carpio, nos da á conocer la teoría que éste se había formado del arte. "Pensaba—dice el respetable literato—que la poesía se encierra toda en imágenes y afectos, y que el pensamiento propiamente dicho pertenece á otro distrito, el de la filosofía." Esto, á mi modo de ver, sería negar á la poesía todo fin trascendental, y aun pudiera confundirse semejante opinión con las teorías modernas que sostienen que el arte tiene en sí su propia finalidad, lo cual enuncian con el conocido apotegma de *el arte por el arte*.

Mas yo veo la cuestión de otra manera. Para mí la teoría poética de Carpio no era ni podía ser otra cosa sino una consecuencia lógicamente deducida del concepto general que tenía formado de la vida, del origen y de los destinos del hombre, porque la concepción artística, á causa de la unidad fundamental de nuestro espíritu, corresponde ó debe corresponder siempre á las demás concepciones de la mente. Es cierto que el poeta puede cantar, y de ordinario

canta las turbaciones pasajeras de su espíritu, y que disfruta del raro privilegio de dar calor y vida, por sólo el esfuerzo de su poderosa imaginación, á ideas y sentimientos que no son sus ideas ni sus sentimientos personales; pero esto, lejos de destruir, no hace mas que confirmar el carácter esencialmente subjetivo que se ha atribuido á la poesía lírica, porque sólo se puede expresar bien y sentir bien lo que nuestra mente acepta como verdadero, aunque sea de una manera transitoria y temporal.

En Carpio, ni como ficción poética se encuentran empleados tales recursos, y esto es lo que he sido osado de llamar la constante verdad y sinceridad de sus afectos, la unidad moral de su carácter reflejándose en la unidad poética de sus obras.

Encontrándose en posesión plena y tranquila de la verdad religiosa, amándola como se ama lo que forma parte de nuestra propia vida, mirando en ella la solución de todas las dudas y el consuelo de todos los dolores; caminando, por decirlo así, y mirando caminar á los hombres y á los pueblos bajo la mirada protectora de la Providencia, ¿qué otra cosa podía ser para él la poesía, sino el medio de comunicar á los hombres, revestidos con el brillante ropaje de la imágen, los afectos sencillos, tiernos y

puros que abrigaba su alma? ¿Para qué pedir al pensamiento filosófico sus inquietudes, á la conciencia sus terrores, al dolor sin esperanza sus amarguras, á la vida, en fin, insondable y pavoroso misterio si no se la contempla á la luz de la fe, el secreto aterrador de su origen, de su destino y de su fin?

¡Cosa curiosa y digna de notarse! Carpio que tuvo tan especial predilección por los asuntos bíblicos, hasta habernos dejado una preciosa serie de cuadros en que ha pintado con vivísimos colores, copiando, por decirlo así, del natural, el aspecto físico de aquellas comarcas que presenciaron los primeros crímenes de los hombres y sus primeras catástrofes, haciéndonos sentir, ya la tristeza y soledad del desierto, ya la frescura de aquellos valles

Poblados de frondosos tamarindos,
De palmeras ruidosas y flotantes,
De naranjos altísimos y lindos
Con blancas flores y hojas resonantes;

Carpio, que parece haber sido testigo presencial de aquella escena, en la cual

Anegada la tierra con sus montes
De cristal una esfera parecía,
Y el Arca blandamente se mecía,
Pasando de horizontes á horizontes;

Carpio, que parece haber escuchado la cólera del Señor, cuando para castigar el orgullo del Faraon

El Nilo bramaba, bramaban los mares,
Bramaban sus costas, silbaban los vientos;
De Tebas y Tanis los hondos cimientos
Del rayo temblaban al rudo estallar.

Carpio, finalmente, que hizo su lectura favorita de ese libro admirable que inspiró al Maestro Fray Luis de León su sencillez sublime, á Herrera su elevada entonación, á Rioja (1) las lúgubres lamentaciones llenas de pompa y henchidas de tristeza que dejaban caer sobre los campos marchitos y las ciudades destruidas; (2) no era, en mi concepto, un poeta bíblico en la genuina significación de esta palabra. Es digno de notarse que en la colección de sus poesías no se encuentre una sola imitación ó traducción de algún pasaje de Job, el poeta sublime del dolor humano, que llega hasta la blasfemia para venir después á la adoración, ni del

[1] Bien sabemos que la famosa canción á Las Ruinas de Itálica á que aquí se alude ha sido atribuida, á lo menos en cuanto á sus rasgos principales á Rodrigo Caro según un manuscrito descubierto en la Catedral de Sevilla; pero conformándonos á la costumbre, hemos citado á Rioja como autor de dicha composición, porque en ello no hemos encontrado inconveniente.

(2) Palabras de Donoso Cortés en su discurso sobre la Biblia.

Miserere, ese canto del alma humillada y arrepentida, cuyas frases como dice un escritor, [1] cuando resuenan en el ámbito de nuestros templos, parece que se arrastran de rodillas por los suelos, con la faz en tierra, pronunciando el *deleiniquitatem meam*.

Carpio tomó de la poesía hebraica mucho del colorido y de la viveza de las pinturas; poco de la rudeza y osadía de la expresión; casi nada del elemento dramático que palpita en las páginas oscuras y misteriosas de ese libro divino que contiene el drama eterno del hombre en sus relaciones con la divinidad, porque Carpio era no sólo un poeta religioso, como se ha dicho de ordinario, que buscaba su inspiración en la poesía del pueblo hebreo, sino un poeta esencialmente cristiano. Resueltos para él los hondos y pavorosos problemas que á la humanidad aterran; iluminado por los resplandores de la fe más viva y más completa, ni la duda le agita, ni el dolor le espanta. Dueño por la misma fe de la clave misteriosa que abre las arcanas puertas de lo pasado y de lo porvenir, del tiempo y de la eternidad; poseedor, si podemos expresarlo así, de los secretos del hombre y de los secretos de Dios, no discute ni se revela co-

[1] Felipe Picatoste. Estudio sobre la Frase, en Religión, Ciencias, Literatura, etc.